

DANIEL

DANIEL



COMENTARIO BÍBLICO PORTAVOZ

John C. Whitcomb



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Everyday Bible Commentary: Daniel*, © 1985 por The Moody Bible Institute of Chicago y publicado por primera vez en los Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Daniel* (serie Comentario Bíblico Portavoz) © 1987, 1996, 2019 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Santiago Escuin

Imagen de hojas utilizada en la cubierta, copyright © 2018 por Markovka / Shutterstock (74663932). Todos los derechos reservados.

Imagen de un libro abierto utilizada en la cubierta, copyright © 2018 por IhorZigor / Shutterstock (185667422). Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con «LBLA» ha sido tomado de La Biblia de las Américas, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en el texto bíblico son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5904-7 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6810-0 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7632-7 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 28 27 26 25 24 23 22 21 20 19

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

Nota del editor	9
Introducción	11
1. La educación de Daniel en Babilonia	23
2. El sueño de Nabucodonosor de la gran imagen	39
3. Los tres amigos de Daniel y el horno de fuego	59
4. El sueño de Nabucodonosor del alto árbol	69
5. El banquete de Belsasar	79
6. Daniel en el foso de los leones	91
7. Los cuatro reinos y el cuerno pequeño	103
8. El carnero, el macho cabrío y el cuerno pequeño	123
9. La oración de Daniel y la profecía de las Setenta Semanas	139
10. La visión final de Daniel de los últimos días	159
Daniel y sus contemporáneos	197
Los tiempos de Daniel	198
Mapa del Imperio babilónico	199
Notas	201
Bibliografía selecta	217
Agradecimientos	221

A nuestro hijo Dan y su esposa Pam
fieles siervos del Dios Altísimo
en el ministerio cristiano.

NOTA DEL EDITOR

Por más de sesenta años, la serie «Comentario Bíblico Portavoz» ha sido de utilidad a millones de lectores, facilitando su crecimiento en la comprensión tanto de Dios como de su Palabra. Estos comentarios —escritos por eruditos evangélicos, expertos en sus respectivos campos— proporcionan una interpretación bíblica que es accesible y rica, e influye en la vida cotidiana de los cristianos de diversos orígenes culturales y teológicos.

Estos comentarios han sido de gran utilidad para los lectores en generaciones pasadas, y queremos asegurarnos de que sirvan a muchos más para las generaciones futuras. Si bien estos comentarios no son nuevos, siguen siendo relevantes ya que el contenido de cada tomo proporciona una exposición de las Escrituras que sirve para todos los tiempos. Y tal vez hoy más que nunca, los cristianos necesitan instrucción bíblica confiable que haya resistido la prueba del tiempo. Con tantas voces compitiendo por nuestra atención y lealtad, como cristianos, necesitamos entender la voz del Único que nos llama en las Escrituras para que podamos vivir fielmente para Él y su gloria. Y es con este fin que se escribieron estos comentarios: para que los creyentes puedan encontrar a Dios a través de su Palabra y encarnarla en sus vidas cotidianas.



INTRODUCCIÓN

.....

El libro de Daniel se encuentra en la cúspide misma de los Escritos proféticos del Antiguo Testamento, sostenido por las gigantescas piedras basales de los libros de Moisés, la mayor parte de los profetas, y los libros poéticos. Tan solamente Hageo, Zacarías y Malaquías siguen a Daniel en la corriente profética de la revelación del Antiguo Testamento.

El libro de Daniel ha de ser entendido a la luz del contexto del Antiguo Testamento y del antiguo Oriente Medio. Era propósito de Dios que Daniel y sus lectores israelitas recibieran consolación y bendición de la lectura y aceptación de estas palabras divinamente reveladas. Sabemos que, alrededor del año 167 a.C., los patriotas macabeos recibieron aliento espiritual de este libro (1 Mac. 2:59-60). Mucho más significativo es el hecho de que nuestro Señor, al referirse a la abominación desoladora en el libro de Daniel (Dn. 8–12), dijera: «el que lee, entienda» (Mt. 24:15; Mr. 13:14). También citó directamente Daniel 7:13 al describir su segunda venida: «he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre» (Mt. 24:30; 26:64; Mr. 13:26; 14:62; Lc. 21:27).

Pero, aunque Daniel comprendió básicamente las palabras que Dios le dirigió, no pudo entender el cumplimiento de los acontecimientos por él descritos, como podemos hacerlo en la actualidad. Pedro explicó (1 P. 1:10-12) que los profetas del Antiguo Testamento «inquirieron y diligentemente indagaron, ... escudriñando»

las verdades mesiánicas que Dios ha revelado progresivamente a su pueblo, y que culminan en el libro del Apocalipsis. Así, pues, los secretos de Daniel pueden ser traídos a la luz de manera adecuada solo mediante una constante referencia a las afirmaciones proféticas de nuestro Señor, y de los apóstoles y profetas del Nuevo Testamento. El Espíritu Santo de Dios es su propio y mejor intérprete, y nunca podemos permitirnos olvidar que Daniel solo puede ser comprendido en la actualidad a la luz de los otros sesenta y cinco libros inspirados en la biblioteca de las Sagradas Escrituras.

PATERNIDAD LITERARIA Y FECHA

En las últimas décadas, la atención de los eruditos se ha polarizado en el discutido tema de la paternidad literaria y fecha de redacción del libro. La segunda mitad de este siglo ha sido testigo de un retroceso en las posiciones de compromiso por parte de muchos teólogos conservadores con respecto a la fecha (y, por ende, a la paternidad literaria) del libro. En la providencia de Dios, esto ha suscitado un renovado aprecio por la credibilidad histórica, la unidad estructural, y el grandioso mensaje del libro de Daniel.

Por otra parte, los teólogos liberales que niegan lo sobrenatural han mantenido que la profecía predictiva es una imposibilidad moral para Dios. Por tanto, el libro tiene que ser un «engaño piadoso» producido en el siglo II a.C. El supuesto propósito de este libro, dar aliento a los macabeos en su lucha por la libertad contra el infame Antíoco Epífanes, se consiguió, de un modo u otro, mediante el engaño llevado a cabo con un documento bajo un nombre falso que pretendía haber sido escrito por un «Daniel» legendario de cuatro siglos atrás.

Pero, ¿cómo puede uno que se considera cristiano hacer de Dios cómplice de una actuación tan éticamente censurable? La respuesta que se da es asombrosa: «La asignación de Daniel al

siglo VI, ciertamente, no da más gloria a Dios, sino menos. Hace de él un documento menos impresionante y menos útil. Me hace sentirme más ajeno a él en mi vida de fe, porque Dios no me trata de esta manera”. John Goldingay concluye, apelando a la afirmación de nuestro Señor a Tomás: «Bienaventurados los que no vieron, y creyeron».¹

Tres respuestas pueden ser suficientes para afrontar el razonamiento de los liberales. En primer lugar, el enfoque teológico básico del libro de Daniel es que Dios verdaderamente predice los acontecimientos de un futuro distante (p. ej. 2:27-28), tema este que es también destacado en el libro de Isaías (p. ej. 8:16; 29:11; 30:8; 44:6-8). La credibilidad del libro quedaría totalmente quebrantada si su afirmación de ser una profecía predictiva se viera contradicha por su fecha de redacción. También se debe señalar que, en caso de fecharse en el año 167 a.C., «solo se resuelve una pequeña parte de las grandes profecías de Daniel (esto es, 11:2-35). Las grandes predicciones con respecto a la primera venida del Mesías, su muerte, y la dispersión del pueblo judío por los romanos (Dn. 9:26), que son profecías ya cumplidas, quedan en pie».²

Algunos han citado al Señor Jesucristo en el sentido de que la fe no se basa en milagros (Jn. 20:29). Pero este es un argumento totalmente irrelevante con respecto a lo que se trata aquí; porque si nuestro Señor hubiera querido decir con ello lo que algunos teólogos liberales parecen entender, Él hubiera negado la realidad de todos los milagros bíblicos, incluyendo el milagro de su propia resurrección corporal.

Una tercera respuesta es que los judíos que vivieron en el período intertestamentario, especialmente en Palestina, jamás hubieran aceptado como canónico un libro «recién publicado» que pretendía tener más de 350 años de antigüedad y que estaba supuestamente lleno de errores históricos. Los eruditos judíos de

.....

aquella época tenían acceso a numerosos registros históricos de los períodos neobabilónico, medo-persa y helenístico (p. ej., los escritos de Herodoto, Ctesias, Jenofonte, Megástenes, Beroso, Alejandro Polihistor, Polibio, Diodoro Sículo, y al menos otros treinta historiadores citados por Josefo, la mayor parte de cuyos libros se han perdido).³ Y lo que es más importante, los judíos del período intertestamentario estaban sensiblemente conscientes de la identidad y límites de su propio canon sagrado de las Escrituras, y así no dudaron en excluir de su canon libros como Tobías, Judit e incluso Primero de Macabeos.

¿Acaso los judíos, que estaban muriendo en defensa de su fe y de sus Escrituras, ambas dadas por Dios, hubieran buscado aliento en los caracteres y acontecimientos ficticios de un escrito falso? La verdad de todo ello es que nada, sino un material *bien conocido* y en el que *creyeran como infaliblemente veraz e inspirado por Dios*, hubiera podido inflamar sus ánimos en medio de aquella suprema hora de crisis nacional. Fue por esta misma razón que el agonizante Matatías apeló a la memoria de Abraham, José, Fineas, Josué, Caleb, David y Elías, y luego concluyó con estas palabras: «Ananías, Azarías y Misael, por su fe, fueron librados del fuego. Daniel, en su inocencia, fue libertado de la boca de los leones» (1 Mac. 2:59-60). La mención de la liberación de Daniel de los leones (Dn. 6) *después* de la mención de la liberación de sus tres amigos del horno de fuego (Dn. 3) muestra que Matatías conocía el *libro* de Daniel, y no meramente unas tradiciones orales acerca de un profeta llamado Daniel.

LA UNIDAD DEL LIBRO

Daniel fue evidentemente escrito por un autor. Daniel mismo es el principal personaje, tanto en la sección histórica (1–6) como en la profética (7–12). En los capítulos 1 al 6, Daniel interpreta

visiones recibidas por otros, y, por tanto, están escritos en tercera persona; pero en los capítulos 7 al 12 recibe visiones de parte de un intérprete angélico, y estos están escritos en primera persona. Además, el libro muestra un plan evidente: la imagen del capítulo 2 se corresponde con las bestias del capítulo 7, y las predicciones de los capítulos 7 al 12 están fechadas durante los reinados de los reyes mencionados en los capítulos del 1 al 6.

Es cierto que se utilizan dos lenguajes (arameo desde 2:4 hasta 7:28, y hebreo en el resto del libro), pero no parecen constituir ningún tipo de división natural del libro que precise de dos autores. Tanto la fraseología hebrea como aramea de Daniel son muy anteriores a las de la era de los Macabeos (ver comentarios sobre 2:4; 8:1), e incluso los nombres griegos para tres de los instrumentos musicales en la exótica orquesta de Nabucodonosor exhiben muy claramente su origen neobabilónico (ver comentario sobre 3:5).

La gran mayoría de eruditos críticos han llegado a la conclusión de que el libro es ciertamente la producción de un solo autor.⁴ James A. Montgomery se quedó tan impresionado ante la atmósfera pagana que satura los seis primeros capítulos de libro (como la «suntuosa escena de barbarie») que insistió en que, no solo «no eran de Palestina», sino que eran «premacabeos, redactados en Babilonia».⁵

Yendo mucho más lejos, Raymond P. Dougherty, después de un muy minucioso análisis del capítulos de Daniel a la luz de documentos neobabilónicos (ver comentario sobre 5:1), llega a la conclusión de que tiene que ser fechado en un período muy próximo al que describe. La conclusión parece evidente. Un libro unificado, grandes secciones del cual tienen que ser fechadas mucho antes del período macabeo, y que contiene profecías detalladas de este período (ver comentario sobre 11:5-20), tiene que ser un libro que solo Dios puede haber originado.

LA HISTORICIDAD DEL LIBRO

En la providencia de Dios, se han hecho durante este siglo nuevos y significativos descubrimientos que arrojan luz sobre varias afirmaciones históricas del libro de Daniel. En lugares apropiados de este comentario se ofrecen consideraciones acerca de estos descubrimientos: (1) los sistemas cronológicos utilizados por Daniel y Jeremías, bajo 1:1; (2) el asedio de Jerusalén por parte de Nabucodonosor, bajo 1:1; (3) el período de instrucción de tres años de Daniel de Babilonia, bajo 1:5; (4) las referencias de Ezequiel a Daniel, bajo 1:20; (5) la sección aramea del libro, bajo 2:4; (6) los tres instrumentos musicales griegos en la orquesta de Nabucodonosor, bajo 3:5; (7) el horno de fuego, bajo 3:6; (8) la locura de Nabucodonosor, bajo 4:32; (9) la identificación histórica de Bel-sasar, bajo 5:1; (10) la conquista de Babilonia por los medo-persas, bajo 5:28 y 6:28; (11) la identificación histórica de Darío de Media, bajo 5:31; (12) el foso de los leones, bajo 6:7; y (13) las leyes inmutables de los medos y de los persas, bajo 6:7.

El pueblo de Dios puede sentirse agradecido de que estos y otros descubrimientos similares hayan hecho aun más imposible tomarse seriamente la «moderna» postura crítica, suscitada originalmente por el filósofo neoplatónico Porfirio (232-303 d.C.), de que el libro de Daniel es un pseudógrafo del siglo II a.C. escrito por un judío desconocido, y por ello mismo propenso a todo tipo de errores históricos. «En nombre de la erudición y por causa de la verdad y de la justicia», exclamó Robert Wilson, del Seminario Teológico de Princeton, hace dos generaciones, «es hora ya de ordenar el alto a todos aquellos que presumen de unos conocimientos que no poseen a fin de arrojar vituperio sobre un antiguo escritor, con respecto a cuyas fuentes de información y conocimiento de los hechos, tienen que confesarse ignorantes, y cuyas afirmaciones no pueden posiblemente comprender de una manera total, ni contradecirlas con éxito».⁶

Así, pues, la cuidada y extensa investigación de la arqueología e historia de la literatura de la última mitad del primer milenio a.C. ha demostrado la total imposibilidad de mantener el punto de vista de que se trata de una pseudografía llevada a cabo en el siglo II a.C. Pero esta no es la razón de la profunda seguridad del cristiano de que este libro tiene la inspirada, infalible e inerrante Palabra de Dios. Tal certidumbre procede, en primer lugar, de la fe en un Dios que no puede mentir (Tit. 1:2) y de afirmaciones específicas de Cristo (p. ej., Mt. 5:18-19) y sus apóstoles (p. ej., 2 P. 1:19-21) con respecto a la naturaleza de los críticos canónicos. Hay muchos estudios recientes y esmerados a disposición del pueblo de Dios para ayudarle a apreciar la enorme cantidad de material bíblico existente relacionado con este vital tema.⁷

LA POSICIÓN DEL LIBRO EN EL CANON

¿Fue el libro de Daniel aceptado como canónico por los judíos? No puede haber dudas de ningún tipo al dar una respuesta afirmativa a esta importante pregunta. El Señor Jesús citó y se refirió al libro de Daniel, y Él solo citaba escritos canónicos. En Qumrán se ha descubierto una cantidad de fragmentos de Daniel, así como referencias a palabras que estaban «*escritas en el libro de Daniel, el profeta*».⁸ F. F. Bruce llega a la siguiente conclusión: «Esta expresión (cp. Mt. 24:15) debería poner punto final a las dudas acerca de la posición canónica de Daniel en la comunidad de Qumrán».⁹

La Biblia hebrea que poseemos en la actualidad sitúa a Daniel entre los «escritos» en lugar de entre los «profetas». «Ello no significa necesariamente que los libros individuales en los «Escritos» sean todos de fecha posterior o de inferior autoridad que los que componen la sección de los «profetas»... Para los cristianos

.....

es razón suficiente que el canon hebreo del Antiguo Testamento fuese aceptado como divinamente autorizado por parte del Señor y de sus apóstoles... En muchos puntos, Él condenó la tradición judía... Pero, por lo que respecta a la canonicidad de las Escrituras, confirmó la tradición de ellos, no porque fuera una tradición, sino porque creía que era correcta".¹⁰

Muchos eruditos conservadores, estudiosos del Antiguo Testamento, creen que Daniel no fue puesto entre los profetas en nuestra actual Biblia hebrea debido a que sirvió en una corte extranjera, a que no profetizó directamente al pueblo de Israel, y a que incluyó en su libro mucho material histórico. Pero hay evidencias significativas de que Daniel fue contado originalmente entre los profetas y que solo fue cambiado a otra categoría de libros canónicos por escribas hebreos en el siglo IV d.C.¹¹

En primer lugar, Daniel estaba agrupado entre los profetas en la traducción Septuaginta (de ahí su posición en nuestras Biblias [castellanas] a través de la Vulgata). En segundo lugar, Flavio Josefo (siglo I d.C.) relacionaba a Daniel entre los profetas. En tercer lugar, Melitón, obispo de Sardis (170 d.C.) hacía lo mismo. Cuarto, Orígenes (m. 254 d.C.) pone a Daniel antes que Ezequiel y los doce profetas.¹² Así, R. Laird Harris defiende no solo la plena canonicidad del libro de Daniel, sino también su inclusión entre los libros proféticos en las más antiguas colecciones hebreas.¹³

En conclusión, Daniel fue un libro canónico de las Escrituras del Antiguo Testamento tan pronto como fue escrito en el siglo VI a.C., debido a que la inspiración divina garantizaba su canonicidad, y esta es la razón de que nuestro Señor lo citara. El punto de vista crítico de que Daniel quedó excluido de los profetas porque era una pseudografía es una negación de todo lo que conocemos de teología, historia y arqueología bíblicas.

IMPORTANCIA DEL LIBRO

Nadie que haya estudiado reverentemente el libro de Daniel, en el contexto de las Escrituras completas, puede negar la crucial contribución de este libro a la revelación profética completa de Dios. Nuestro Señor hablaba frecuentemente de «el reino de los cielos» (Mt. 5:3; Dn. 2:44) y de sí mismo como «el hijo del hombre» (Mt. 26:64; Dn. 7:13-14). Anticipando su Segunda Venida a la tierra, se refirió a «gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora» (Mt. 24:21; cp. Dn. 12:1), y a «la abominación desoladora» que estará en el templo (Mt. 24:15; Dn. 9:27; 12:11). El apóstol Pablo se refirió también a esta obra del «hombre de pecado» (2 Ts. 2:3-4; cp. Dn. 7:25; 11:36-39) pero se regocijaba en que un día «los santos han de juzgar al mundo» (1 Co. 6:2; Dn. 7:18, 22, 27). Finalmente, la estructura cronológica y mucho del simbolismo de Apocalipsis 9 se erigen sobre la base del libro de Daniel (cp. Ap. 13:1-2; 17:3, 12 con Dn. 7:3-27; 9:27; 11:36-39; 12:1-7).

Treinta y cinco años de estudio y de enseñanza de escatología bíblica y del libro de Daniel a niveles superiores, me han dado abundante oportunidad para afirmarme en mi convicción de que el enfoque premilenial de la profecía mesiánica es correcto. A Daniel le fue revelado el futuro de Israel, no el de la Iglesia como tal (ver comentarios sobre 9:16-27). Esto es crucial en nuestra apreciación de la función distintiva y destino de la Iglesia, el Cuerpo espiritual y Esposa de Cristo.¹⁴

Las similitudes entre Israel y la Iglesia son de suma importancia: Tienen el mismo Dios y el mismo plan básico de salvación, es decir, la elección divina y la justificación por la gracia mediante los méritos de la sangre de Cristo por la fe en su Palabra, y la regeneración y mediante la presencia del Espíritu Santo con la

esperanza de la futura glorificación. Pero las diferencias son también sumamente importantes: la iglesia es creada por parte de Cristo mediante el bautismo de personas en el Espíritu Santo. Además, la iglesia tiene un nuevo mensaje y una nueva comisión, así como la liberación de la ley de Moisés (incluyendo el sábado y otros días santos, un sacerdocio especial, y una Tierra Santa, localizada geográficamente, con un altar para el sacrificio de animales). Dios nos ha revelado algunas de estas similitudes y distinciones en Romanos 11 y Efesios 2, y por ello el libro de Daniel debe ser estudiado bajo esta luz.

La absoluta soberanía y trascendencia de Dios sobre todos los ángeles y hombres satura literalmente este libro. Por un breve momento, Nabucodonosor se agiganta sobre el horizonte internacional. Es luego humillado por el Dios del cielo, y quitado. Belsasar es pesado en las balanzas de Dios y después destruido. Y así va sucediendo a lo largo de las edades hasta que «uno como un hijo de hombre» viene «con las nubes del cielo» y recibe un reino «que nunca pasará». ¡Qué consuelo y aliento para el pueblo de Dios, que lucha en medio del polvo y clamor de un mundo pecador lleno de conflictos humanos y angélicos aparentemente sin fin!

BOSQUEJO

Tan poderoso es el tema de la soberanía divina que todo el libro puede ser dividido en armonía con este énfasis (nótese que bajo la sección II, los encabezamientos A, B y C se corresponden con F, E y D, respectivamente):

DANIEL: EL PODER DE DIOS SOBRE LA HISTORIA¹⁵

- I. El poder de Dios al llevar a Daniel a Babilonia (cap. 1).
- II. El poder de Dios sobre los imperios mundiales (caps. 2 al 7).
 - A. El sueño de Nabucodonosor de la gran estatua (cap. 2).
(El poder de Dios sobre cuatro imperios mundiales).
 - B. La imagen de oro de Nabucodonosor (cap. 3).
(El poder de Dios preserva a los amigos de Daniel en el horno de fuego).
 - C. El sueño de Nabucodonosor de un árbol (cap. 4).
(El poder de Dios humilla al orgulloso Nabucodonosor).
 - D. El banquete de Belsasar (cap. 5).
(El poder de Dios al juzgar al olvidadizo Belsasar).
 - E. El decreto de Darío (cap. 6).
(El poder de Dios preserva a Daniel en el foso de los leones).
 - F. El sueño de Daniel de las cuatro bestias (cap. 7).
- III. El poder de Dios sobre el futuro de Israel (caps. 8 al 12).
 - A. El sueño de Daniel del carnero, el macho cabrío y el cuerno pequeño (cap. 8).
(La persecución de Israel).
 - B. La oración de Daniel y la profecía de las Setenta Semanas (cap. 9).
(El fin de la persecución de Israel).
 - C. La visión de Daniel del mensajero celestial y su mensaje (caps. 10 al 12).
(La persecución y restauración de Israel).

Es mi oración que este estudio introductorio de Daniel pueda ser utilizado por Dios para alentar a muchos miembros de su pueblo a conocer el mensaje de esta vital porción de la Escritura inspirada y que, de este modo, adoren a Dios en espíritu y en verdad, manteniéndose fieles a su revelación escrita, en esta época de gran conflicto espiritual, como se mantuvo Daniel en su propia época hace 2.500 años.



LA EDUCACIÓN DE DANIEL EN BABILONIA

.....

EL PODER DE DIOS AL LLEVAR A DANIEL A BABILONIA (DANIEL 1)

Daniel es llevado a Babilonia (1:1-5)

1:1 En el año tercero del reinado de Joacim. Este acontecimiento crucial en la historia de Israel es fechado por Jeremías en el año cuarto de Joacim (Jer. 46:2; también 25:1). Muchos críticos han considerado que aquí hay una contradicción irreconciliable entre ambos libros, desacreditando así a Daniel como documento fiable.

Daniel, como muchos libros de la biblioteca de las Escrituras, da importancia a las relaciones temporales (cronología relativa). Esto debería alentar al estudioso de la Palabra de Dios. La Biblia describe acontecimientos que verdaderamente sucedieron. No se trata de un libro de tipo existencial, sino del registro inerrante de Dios de sus obras en los cielos y en la tierra. Cuando nuestro Señor les dijo a sus discípulos que «entendieran» el libro de Daniel (Mt. 24:15), debió incluir las referencias cronológicas del libro, ya que su cronología es la columna vertebral de su credibilidad histórica (y, por ende, teológica). El estudio de la cronología bíblica puede ser, por tanto, una actividad tan «espiritual» como el estudio de su

teología, porque todo lo que Dios ha puesto en su palabra escrita arroja luz sobre su mensaje total a la humanidad.

Ahora bien, con respecto a esta objeción de los críticos en particular, se puede demostrar que la aparente discrepancia cronológica en el primer versículo del libro es debida a dos diferentes sistemas de calendario. Daniel utiliza la cuenta de *Tisri* (octubre) como el comienzo del año oficial de Joacim, en tanto que Jeremías utiliza la cuenta de *Nisán* (abril). La razón de que este hecho resuelva la aparente discrepancia es que, según la cuenta de *Nisán* de Jeremías, el cuarto año oficial de Joacim comenzó en la primavera del año 605 a.C., mientras que la cuenta de *Tisri* de Daniel lo situaría en el otoño de ese mismo año. Puesto que todos los acontecimientos que ocurrieran entre la primavera y el otoño estarían automáticamente situados en un año de diferencia cuando se utilizaran estos dos distintos sistemas cronológicos, la invasión de Nabucodonosor (que tuvo lugar en el verano del año 605) contaría aún en el tercer año según el sistema de Daniel, en el cuarto según el sistema de Jeremías.

Pero, ¿cómo se puede tener la certeza de que estos dos métodos de cómputo de los reinados de los reyes de Judea estaban siendo verdaderamente utilizados en aquella época? Según Edwin R. Thiele, los reyes davídicos de Judá iniciaron la costumbre de contar el otoño como el tiempo apropiado para el inicio *oficial* de los reinados, esto es, los primeros días del mes séptimo (*Tisri*).¹ El tiempo de la cosecha había ya acabado, y la vida agrícola y secular de la nación volvía a comenzar. Y hasta el día de hoy, el nuevo año judío (*Rosh Hashanah*) se celebra en el otoño, el primer día de *Tisri*.

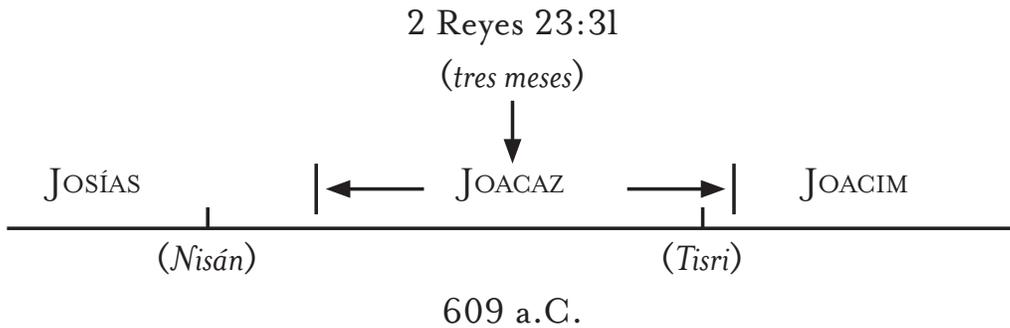
La prueba de que el sistema de *Tisri* se utilizaba en Judá puede verse en el hecho de que se celebró una Pascua especial en el año décimo octavo de Josías (2 R. 23:23); pero varios meses *antes* de esta celebración (celebrada durante *Nisán*, el primer mes del año según

la cuenta babilónica), ya se estaban fechando acontecimientos en su año décimo octavo (22:3). Compárese también Nehemías 1:1 con 2:1. El calendario *religioso*, naturalmente, comenzaba en la primavera, el primero de *Nisán*, en conmemoración del tiempo del éxodo de Egipto.

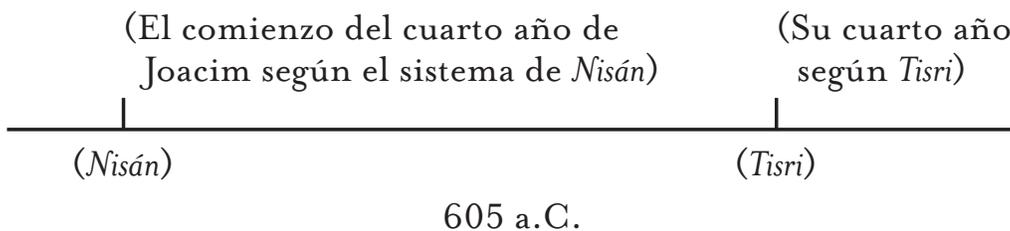
Pero los reyes de Asiría y Babilonia utilizaban *Nisán* (abril) en lugar de *Tisri* (octubre) como el tiempo apropiado para el comienzo oficial de los reinados de sus reyes. Es muy significativo que Jeremías, cuya tarea principal, guiado por Dios, era la de preparar a los judíos apóstatas para el exilio en Babilonia, utilizara el sistema babilónico (*Nisán*) como advertencia de que este imperio foráneo estaba a punto de apoderarse de Judea. Por otra parte, Daniel hubiera visto apropiado utilizar su sistema nativo de *Tisri* a fin de alentar a sus compatriotas judíos, ahora deportados a Babilonia, a pensar en términos de la patria a la que a su tiempo volverían (así como se ponía tres veces de cara a Jerusalén en oración).

También es necesario observar que el tiempo transcurrido entre el acceso del rey al trono y el primero de *Nisán* (en Babilonia) o el primero de *Tisri* (en Judea) recibía el nombre de su «año de advenimiento» y no contaba numéricamente.

Aplicando estos principios al reinado de Joacim en Judá, tenemos que señalar, ante todo, que no llegó al trono hasta poco *después* del primero de *Tisri*, que, en el año 609 a.C., fue el 21 de septiembre.² Su hermano Joacaz había sido entronizado por los judíos tres meses antes, después de que el faraón Neco diera muerte a su padre, Josías, en Meguido, en una marcha hacia el norte para ayudar al residuo del ejército asirio a hacer frente al empuje de los babilonios hacia el oeste (2 Cr. 35:20). Al final del verano, el faraón Neco volvió a Egipto.³ A su vuelta a través de Palestina, depuso a Joacaz (llamado Salum en Jer. 22:11) y puso a Joacim en el trono como vasallo más de fiar (2 R. 23:28-35).



Así, Joacaz continuó su reinado solo unos pocos días después del comienzo de su primer año oficial en el primer día de *Tisri* (21 de septiembre de 609 a.C.) y Joacim tuvo que esperar casi un año entero antes de que comenzara su primer año oficial. Esta es la razón de que Joacim estuviera aún en su tercer año oficial durante el verano del año 605 a.C., según Daniel 1:1. Pero cuando se computa el reinado de Joacim según el sistema de *Nisán*, que utilizaban los babilonios (y Jeremías), se observa que tuvo que esperar menos de seis meses para dar inicio a su primer año oficial de reinado en la primavera del año 608 a.C. Así, pues, ya estaría en su cuarto año de reinado en el verano del 605, tal como afirma Jeremías (Jer. 46:2).



Lo que parece a primera vista ser una seria contradicción entre Jeremías y Daniel, como lo han mantenido durante mucho tiempo los críticos negativos,⁴ resulta ser un notable testimonio de la precisión de la Biblia. Daniel, en lugar de Jeremías, es quien ha sido generalmente acusado de esta pretendida contradicción, debido a

que el descubrimiento de que el sistema de *Tisri* era el que utilizaban los escribas judíos para sus reyes es relativamente reciente.

Pero incluso si este problema no hubiera sido resuelto, se debe señalar que, en realidad, la postura crítica iba demasiado lejos. Aunque sus defensores señalaban que el libro de Daniel fue escrito *después* del de Jeremías, no llegaron a discernir al mismo tiempo que el autor de Daniel (un historiador evidentemente genial) no hubiera contradicho, de un modo deliberado, las afirmaciones cronológicas de Jeremías, a no ser que asumiera que sus lectores sabían que él estaba utilizando un sistema diferente. En otras palabras, si el libro de Daniel *no* fue escrito durante el siglo VI a.C., sino que fue deliberadamente fraguado en el siglo II a.C. por un inteligente judío que intentaba convencer a sus contemporáneos de que su libro había sido escrito por Daniel hacía cuatrocientos años, hubiera extremado sus cuidados en evitar cualquier contradicción evidente con el famoso libro canónico de Jeremías.

Nabucodonosor, rey de Babilonia. Cuando Nabucodonosor derrotó a los egipcios en la batalla de Carquemis cerca del río Éufrates (mayo-junio de 605 a.C.), su padre, Nebopolasar, era aún rey de Babilonia. Nebopolasar murió el 15 de agosto del año 605, y Nabucodonosor se apresuró a volver a Babilonia, donde fue coronado rey el 6 de septiembre de 605. Así, pues, técnicamente, no era aún «rey de Babilonia» cuando conquistó Palestina después de la batalla de Carquemis. Esto puede ser explicado como utilización *proléptica* del término «rey» (cp. Mt. 1:6, «Isaías engendró al rey David»).

Vino... a Jerusalén, y la sitió (2 R. 24:1; 2 Cr. 36:6). Había sido un tópico común de la crítica negativa negar que Nabucodonosor hubiera podido sitiar Jerusalén en el año 605 a.C. Sin embargo, en 1956 se publicó una tableta cuneiforme que revelaba que Nabucodonosor «conquistó toda el área del *país de Hatti*

después de la batalla de Carquemis en mayo-junio del 605. El término *país de Hatti* cubre toda Siria, Fenicia y Palestina.⁵

1:2. Y el Señor entregó en sus manos a Joacim rey de Judá.

El Señor: Este es el nombre hebreo *Adonai*, no *Yahweh* (Jehová), que solo aparece en el capítulo 9. *Adonai* se refiere a Dios como dueño supremo. El sentido de la utilización de este nombre aquí es el de que, aunque los signos externos no parecieran mostrarlo, Dios era el dueño de la situación, al ser entregado Joacim en manos de Nabucodonosor. No era la fuerza de Nabucodonosor ni la debilidad de Joacim lo que realmente hizo decidir el asunto, sino la buena voluntad de Dios. A los reyes les gusta considerarse autosuficientes como gobernantes, pero se hallan igualmente bajo el control supremo como cualquier otra persona. Hay consuelo en saber que ninguna autoridad gubernamental puede ir más allá de los límites fijados por Dios.⁶

Joacim, rey de Judá, había sido un vasallo del faraón Neco desde el comienzo de su reinado en el año 609 a.C. Fue llevado cautivo por Nabucodonosor, que «lo ató en cadenas de bronce para llevarlo a Babilonia» (2 Cr. 36:6, LBLA). Fue probablemente debido a la repentina muerte del padre de Nabucodonosor, Nebopolasar, en Babilonia, que, finalmente sin embargo, no fue deportado. En lugar de ello, Joacim se vio obligado a jurar lealtad a Nabucodonosor como vasallo suyo, y Nabucodonosor tomó el camino más directo a Babilonia a través del desierto arábigo, enviando a algunos presos (incluyendo a Daniel) a dar un rodeo por el camino más largo.⁷

Joacim tenía pocas intenciones de guardar sus votos a Nabucodonosor, a juzgar por el trato que dio al profeta Jeremías, que

aconsejaba la sumisión a los babilonios. En diciembre del año 604 a.C., Joacim rasgó a pedazos el rollo de las profecías de Jeremías (Jer. 36:9-32), incluyendo la profecía del cautiverio de setenta años bajo Babilonia (Jer. 25:1-11). Después de solo tres años de sumisión a Nabucodonosor, Joacim intentó sacudirse el yugo, pero fue duramente castigado por su rebelión (2 R. 24:1-2).

Y parte de los utensilios de la casa de Dios. Astutamente, Nabucodonosor tomó suficientes utensilios sagrados para demostrar la superioridad de su dios sobre el Dios de los judíos, pero dejó los suficientes en el templo a fin de que pudieran seguir llevando a cabo sus ceremonias sin dificultades y así ser menos propensos a una rebelión contra su nuevo soberano. En el año 586 a.C., empero, totalmente exasperado por la lealtad de los reyes y príncipes judíos, Nabucodonosor ordenó que *todos* los utensilios sagrados fueran destruidos o llevados a Babilonia (2 Cr. 36:18).

A tierra de Sinar, a la casa de su dios. Sinar era la Mesopotamia meridional, o Babilonia (cp. Gn. 10:10). Aquí había sido construida la Torre de Babel (Gn. 11:2), y continuó en las Escrituras teniendo «la connotación de ser un lugar hostil a la fe... el lugar a donde es deportada la maldad» (Zac. 5:5-11).⁸

El dios de Nabucodonosor era *Marduk*, en honor de quien nombró a su hijo Evil-merodac (Amel-Marduk), por cuanto era la principal divinidad de Babilonia (otra divinidad era Nebo, el nombre del cual había sido impuesto a Nabucodonosor). Marduk era en ocasiones mencionado como *Bell* (= Baal), o «Señor». Así, Isaías predijo la humillante deportación de las divinidades de Babilonia en forma de ídolos en el tiempo de la conquista de Ciro en 539 a.C.: «Se postró Bel, se abatió Nebo; sus imágenes fueron puestas sobre bestias, sobre animales de carga; estas cosas

que vosotros solíais llevar son alzadas cual carga, sobre las bestias cansadas» (Is. 46:1).

Como un típico politeísta y astuto diplomático, Nabucodonosor no se arriesgó con el Dios de Israel, Jehová, y con gran cuidado introdujo sus utensilios sagrados en el templo de Marduk en Babilonia. Contrástese el trato dado a estos utensilios sesenta y seis años más tarde por parte de Belsasar (Dn. 5:1-4). Después de la caída de Babilonia, el rey Ciro (Esd. 1:7) y el rey Darío (Esd. 6:5) alentaron a los judíos a devolver estos utensilios a su templo en Jerusalén.

1:3. Aspenaz, jefe de sus eunucos. El rey ordenó a Aspenaz que seleccionara a varios muchachos adolescentes, apuestos e inteligentes, de la familia real, para que recibieran educación como representantes de Israel en la corte de Babilonia (no como meros rehenes). Con frecuencia, los eunucos gozaban de posiciones de gran poder en los reinos del Oriente Medio debido a que servían como enlaces de poder entre el rey y el harén (donde parece que se urdían la mayor parte de las intrigas palaciegas y complots contra la vida del rey). Con frecuencia, el término *eunuco* (la traducción utilizada en la versión Reina-Valera para el término hebreo *saris*) se aplicaba a cualquier funcionario importante allegado al rey. Por ejemplo, Potifar era un *saris* aun cuando era un hombre casado (Gn. 37:36).

Debido a que Daniel y sus tres amigos estaban bajo la jurisdicción del «jefe de los eunucos», y no se dice nada de que tuviera esposas e hijos, algunos eruditos han asumido que fueron hechos eunucos por los babilonios. Esta era también la opinión de Josefo, el gran historiador judío del siglo 1 d.C. (*Antigüedades* 10:10:1), y podría encontrar apoyo en la profética advertencia de Isaías al rey Ezequías: «De tus hijos que saldrán de ti, y que habrás engendrado, tomarán, y harán eunucos en el palacio del rey de Babilonia» (Is. 39:7).

Sin embargo, la exclusión de los anuncios de posiciones de importancia en Israel (Dt. 23:1) y el énfasis en la perfección física de Daniel en 1:4 («muchachos en quienes no hubiese tacha alguna» [heb., *meúma*]) sugieren que él no fue un eunuco.⁹ Tampoco Jeremías se había casado, y ello debido a que Dios no se lo permitió (Jer. 16:2).

1:4. Las letras y la lengua de los caldeos. «Estos jóvenes de la corte de Jerusalén tenían que estar afirmados en su conocimiento de *Yahweh* para poder estudiar esta literatura de forma objetiva, sin permitir que minara su fe. Era evidente que el trabajo de Jeremías, Sofonías y Habacuc no había sido en vano».¹⁰

El lenguaje de los caldeos no era el arameo, la lengua franca comercial de la zona del Creciente Fértil, que era algo similar al hebreo, y que probablemente Daniel y sus amigos ya conocían; se trataba, más bien, de la lengua oficial de Babilonia, un dialecto semítico similar al acadio.

El término *caldeo* se utiliza aquí y en 5:30 y 9:1 (así como en otros libros del Antiguo Testamento y también en registros asirios) en un sentido nacional o étnico. Pero en Daniel 2 al 5 se utiliza con respecto a una clase especial de sabios. El único otro caso de este uso especializado del término *caldeo* se encuentra en una afirmación del historiador griego Herodoto (n. 484 a.C.), que visitó Babilonia y se refiere a «los caldeos, los sacerdotes de este dios».¹¹

1:5. Que los criase tres años. ¿Cómo pudieron haber tenido Daniel y sus tres amigos de introducción si fueron llevados a Babilonia después de que Nabucodonosor llegara a ser rey y acabaron su educación durante el segundo año de su reinado (cp. 1:18 y 2:1)? La respuesta es que fueron llevados cautivos en agosto del año 605 a.C., pero Nabucodonosor no comenzó su primer

año oficial como rey de Babilonia hasta el primero de *Nisán* de la siguiente primavera (4 de abril de 604). Así, si los tres años de instrucción fueron años académicos (cómputo inclusivo), su primer año de instrucción pudo haber concluido justo antes de *Nisán* del año 604; su segundo año justo antes de *Nisán* del año 603; y su año final justo antes de *Nisán* del 602, lo que hubiera estado aún dentro del segundo año oficial de Nabucodonosor (que acababa el 9 de abril de 602).

La decisión de Daniel en Babilonia (1:6-16)

1:7. A estos el jefe de los eunucos puso nombres.

Daniel (*Daniel*): «Dios es mi juez».

Beltsasar (*Belteshatstsar*): «Señora [esposa de Marduk],
protege al rey».

Ananías (*Jananiá*): «Jehová ha sido misericordioso».

Sadrac (*Shadrák*): «Soy muy temeroso (de Dios)».

Misael (*Mishaél*): «¿Quién es como Dios?».

Mesac (*Meisák*): «Soy de poco valor».

Azarías (*Azaryá*): «Jehová ha ayudado».

Abed-nego (*Abéd Negó*): «Siervo del resplandeciente (o Nabu)»¹²

A la luz del pacto de David de que no tomaría los nombres de otros dioses en sus labios (Sal. 16:4), los hay que han supuesto que Daniel y sus amigos habrían traicionado su fe si hubieran pronunciado sus propios y nuevos nombres babilónicos. Pero David no había prometido que no pronunciaría estos nombres; lo que quería decir es que no iba a utilizar estos nombres en oración, como creyendo que podrían responder y otorgar bendición.

Los nombres de las divinidades paganas son frecuentemente mencionados por los redactores de las Escrituras, pero siempre con menosprecio. El mismo hecho de que Daniel escribiera estos

nuevos nombres en su propio libro, aun cuando incorporaran los nombres de las divinidades babilónicas (Nabu, Belet, etc.), muestra que no era supersticioso acerca de este asunto. Sin embargo, es interesante observar que sus nombres hebreos siguen siendo utilizados otras dos veces en este capítulo y también en 2:17, en tanto que en 2:49 y en el capítulo 3 se utilizan sus nombres babilónicos. El nombre babilónico de Daniel, Beltsasar, no vuelve a aparecer hasta el capítulo 4 (vv. 8-9, 18-19) y el capítulo 5. Pero ya en época tan tardía, como la de dos acontecimientos del capítulo 5 (539 a.C.), ¡no solo la reina, sino también el mismo rey Belsasar, lo llaman por su nombre hebreo! Aparentemente, incluso los paganos podían ver que aquí se encontraba un israelita cuyo amor y lealtad al Dios de sus padres no admitía compromisos.

Todos los nombres hebreos de los compañeros de Daniel aparecen de nuevo en otros libros del Antiguo Testamento con referencia a otros personajes con el mismo nombre. Es significativo que todos sus nombres hebreos indican su relación con el Dios de Israel, y según las costumbres de la época, denotan que sus padres eran piadosos. Sin embargo, los cuatro jóvenes reciben nuevos nombres, como se solía hacer cuando una persona era introducida en una nueva situación (cp. Gn. 17:5; 41:45; 2 S. 12:24-25; 2 R. 23:34; 24:17; Est. 2:7).¹³

1:8. Propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey, ni con el vino que él bebía. El quid de esta afirmación no es que Daniel tuviera temor del efecto físico de disfrutar de la buena comida, porque era un hombre autodisciplinado. Tampoco puede basarse su rechazo en las leyes dietéticas de Levítico que señalaban a algunos animales como ceremonialmente impuros, por cuanto no había ninguna restricción levítica contra el vino.

Baldwin cree que: «Según la norma oriental, compartir una comida era entregarse a la amistad; tenía un significado de pacto... la contaminación que temía no era tanto una contaminación ritual como moral, que podía surgir de la sutil adulación de los dones y favores, que involucraban escondidas implicaciones de un apoyo leal, a pesar de que las futuras acciones del rey resultaban ser dudosas».¹⁴

Sin embargo, no hay ninguna evidencia bíblica de que Daniel insultara jamás a Nabucodonosor. Puede que descubriera que las «legumbres» (*seorím*, grano) no eran ofrecidas a los ídolos, y confió en Dios para que vindicara sus convicciones religiosas al abstenerse de otros alimentos.

1:9-16. Te ruego que hagas la prueba con tus siervos por diez días. Aunque sentía una profunda simpatía hacia Daniel y sus amigos, Aspenaz tenía miedo a provocar la cólera de Nabucodonosor si ellos se veían afectados físicamente a causa de su dieta vegetariana. Posiblemente siguiendo una instrucción divina, Daniel pidió entonces al «supervisor» (v. 11) el privilegio especial de experimentar durante diez días para demostrar su superioridad física sobre todos los demás jóvenes que sí se alimentaban de las provisiones reales. Por designio de Dios, este subordinado de Aspenaz concedió el permiso: el experimento tuvo un resultado positivo, y la dieta vegetariana y de agua siguió durante el resto del período de instrucción de tres años.

El progreso de Daniel en Babilonia (1:17-21)

1:17. Dios les dio conocimiento e inteligencia. Debido a la especial dirección de Dios (como en el caso de José y de Moisés), Daniel y sus amigos se encontraron inmersos «en todas las letras y ciencias» de Babilonia. C. F. Keil estaba en lo cierto al afirmar que Daniel «precisaba estar profundamente versado en la sabiduría de

Caldea, como anteriormente Moisés lo estuvo en la sabiduría de Egipto (Hch. 7:22), a fin de poder avergonzar la sabiduría de este mundo mediante la sabiduría escondida de Dios». ¹⁵

Es, sin embargo, injustificado extender la aplicación de esta singular situación a todo el pueblo de Dios en la actualidad. Por ejemplo, J. G. Baldwin cree que «el cristiano en el día de hoy tiene que conocer bien las religiones y culturas entre las que vive, si alguna vez se han de encontrar diferentes mundos de pensamiento». ¹⁶ Aunque ello pueda ser apropiado en ciertas situaciones específicas, el peligro de sumergir la propia mente en expresiones actuales de las perversiones religiosas de Satanás es enorme. No fue sin razón, por ello, que Dios advirtió a su pueblo: «Guárdate... no preguntes acerca de sus dioses, diciendo: De la manera que servían aquellas naciones a sus dioses, yo también les serviré» (Dt. 12:30). El estudio de las religiones comparadas frecuentemente, con orgullo y complacencia, intenta mantener una postura de distancia erudita y de objetividad en tales temas, solo para experimentar un envenenamiento espiritual inconsciente y gradual. «Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga» (1 Co. 10:12).

Y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños. Dios dio este singular privilegio a Daniel, no a sus amigos. Pero incluso Daniel no tenía un conocimiento automático de todos los sueños de revelación sobrenatural. Por ejemplo, solo después de una ferviente oración le fue revelado el sueño de Nabucodonosor (2:17-23).

1:18-19. Y el rey habló con ellos. Aunque Babilonia era entonces el centro intelectual del mundo, y Nabucodonosor su más brillante monarca, Daniel y sus amigos exhibieron una sabiduría como la que este gran rey y su reino jamás habían conocido. Tampoco era puramente milagroso. Había intervenido mucho trabajo y

autodisciplina: «¿Has visto nombre solícito en su trabajo? Delante de los reyes estará» (Pr. 22:29).

1:20. Los halló diez veces mejores que todos los magos. Al igual que en algunas modernas universidades europeas, es posible que solo se convocara un examen, al final de todo el programa. Si se hicieron mil preguntas, es de suponer que Daniel y sus amigos dieron siempre respuestas correctas (la sabiduría de ellos les había sido dada por Dios, según el v. 17), en tanto que las puntuaciones más elevadas que les seguían serían de 100 o menos. Por otra parte, es muy posible que «diez veces mejores» deba ser entendido en este contexto como figura retórica, no en el sentido de un cómputo matemático. Comparar con 3:19 donde se dice que el horno fue calentado siete veces más de lo ordinario.¹⁷

Unos diez años después de esto, otro profeta hebreo en el exilio en Babilonia, el sacerdote Ezequiel, se refirió a Daniel como un hombre justo comparable a Noé y a Job (Ez. 14:14, 20). Hablando sarcásticamente de la jactancia de sabiduría por parte de Ittiobalus II, rey de Tiro, Ezequiel escribió: «He aquí que tú eres más sabio que Daniel; no hay secreto que te sea oculto» (Ez. 28:3).

Muchos eruditos han negado que estas afirmaciones se refieran al Daniel que conocemos y creen que se refieren más bien a un héroe mitológico de la literatura ugarítica situado entre los siglos XIII o XIV a.C. Él es allí descrito como: «Daniel el hombre Rapha... justo, sentado ante la puerta... juzgando la causa de la viuda, sentenciando la causa del huérfano».¹⁸

Estos eruditos señalan que Ezequiel escribe el nombre *Dani'el* como en el mito ugarítico y no *Daniyy'el*, como en el libro de Daniel. Además, ya que Noé y Job fueron antiguos héroes de la fe, se pretende que sería apropiado que el tercer héroe mencionado por Ezequiel fuera también de los antiguos, en lugar de ser

un contemporáneo del mismo Ezequiel. Por supuesto, los críticos liberales se inclinan por este punto de vista, porque creen que el libro de Daniel no fue escrito hasta el año 164 a.C., mucho después de la época de Ezequiel.

En la actualidad se concede ampliamente que, aun cuando la forma de escribir el nombre por parte de Ezequiel fuera ligeramente diferente a la de su contemporáneo, ello no demuestra nada; porque en los nombres personales las letras vocales estaban en libre variación entre sí, así como *Do'eg* el edomita (1 S. 21:7; 22:9) se escribe *Doyeg* en 1 Samuel 22:18, 22.¹⁹

Aún más devastador para el punto de vista crítico es el reconocimiento de que el contexto de la referencia de Ezequiel a Noé, Daniel y Job involucra una intensa denuncia de la adoración de los dioses fenicio-cananeos (Ez. 14:1-13). A la luz de ello, Harold H. P. Dressler pregunta: «¿Es concebible que el mismo profeta eligiera a un fenicio-cananeo devoto del Baal como sobresaliente ejemplo de rectitud? Dentro del contexto de Ezequiel esta parece ser una sugerencia absurda»²⁰

Se tiene que reconocer que la sabiduría de Daniel había llegado a ser proverbial en fecha tan temprana como el año 603 a.C. (Dn. 2:1), al menos diez años antes de que Ezequiel se refiriera a ella (Ez. 28:3). Así, en lugar de constituir una dificultad para el punto de vista tradicional acerca de la fecha del libro de Daniel, la afirmación de Ezequiel es una hermosa confirmación. Las mismas Escrituras son su mejor confirmación y autenticidad.

1:21. Y continuó Daniel hasta el año primero del rey Ciro.

En vista del hecho de que Daniel recibió su última revelación en el *tercer* año de Ciro (Dn. 10:1, 536-35 a.C.), esta afirmación es considerada por algunos como una contradicción interna del libro. La respuesta a esta crítica es doble:

Primero, incluso si no conociéramos cómo resolver este problema, ciertamente que lo más prudente sería asumir que el autor no se contradijo deliberadamente, en especial porque incluso los críticos negativos aceptan que era un historiador brillante.²¹

En segundo lugar, existe una explicación perfectamente natural para esta supuesta contradicción, esto es, que tenemos aquí un punto de referencia cronológico que no exige un final. Por ejemplo, si una madre le dijera a su hijo: «Sé bueno hasta que venga a casa», no estaría por ello implicando que *después* que volviera al hogar el niño ya no tendría que ser bueno. Daniel no nos dice en este versículo hasta qué año del reinado de Ciro vivió; simplemente enfatiza la asombrosa providencia y gracia de Dios al permitirle vivir a través de los reinados enteros de *Nabucodonosor* (604-562), *Evil-merodac* (562-560), *Neriglissar* (560-556), *Labashi-marduk* (556), *Nabónido* (556-539), *Belsasar* (553-539) ¡e incluso más allá del final del Imperio neobabilónico, adentrándose en el reinado de *Ciro el Grande de Persia*! Esto es comparable solo en el ministerio de José en la corte de faraón, desde la edad de treinta años hasta su muerte a la edad de ciento diez años. Verdaderamente, por tanto, fue Daniel un hombre grandemente honrado por su Dios, «como árbol plantado junto a corrientes de agua» (Sal. 1:3).